

hallarse muy distanciada de la mente del teólogo que Benedicto XVI ha sido durante varias décadas.

El ministerio de Pedro supone un nuevo comienzo, y divide la vida del hombre elegido Papa en un antes y un después, pero la grandeza del oficio más importante y decisivo de la tierra estriba precisamente en los diferentes matices y acentos que es capaz de adquirir según la personalidad y el carácter de quien lo desempeña.

José MORALES

Olegario GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios, Sígueme*, Salamanca 2004, 350 pp., 13 x 21, ISBN 84-301-1532-3.

En su misma sencillez el título de esta obra constituye un verdadero desafío. No existen cuatro letras que formen una palabra tan decisiva para la vida, el pensamiento y los deseos del hombre. Pero tampoco existe otra realidad más profunda y radical que la que se enuncia con ellas. Tanto que el propio autor se pregunta en el prólogo: «¿Parecerá desacato, impudor o desmesura haberla elegido como título?» (p. 9). Y si a ello se une el nombre de un conocido teólogo, el libro se convierte en algo muy atractivo.

Es claro que el título se refiere al nombre común de la divinidad. Dios no es sólo el Padre de nuestro Señor Jesucristo, sino la realidad a la que la metafísica apunta desde los grandes filósofos atenienses, a la misma realidad a la que se refieren todas las religiones de la tierra con su culto y sus oraciones. Además, a la altura histórica del comienzo del tercer milenio, parece lógico que con la palabra Dios el autor apunte también a la realización de un balance de los últimos tres siglos de pensamiento filosófico, que desde la Ilustración, puede caracterizarse como antropocéntrico, y que culmina con el pensamiento ateo de Nietzsche y la implantación histórica de los totalitarismos políticos que han intentado desarrollar programas de realización atea de la existencia humana.

Al llegar a la primera página, en la que se puede leer el contenido del libro, se advierte que está dividido en cuatro partes, precedidas por el prólogo y recogidas en una reflexión final. Los títulos de esas cuatro partes aportan tanto sorpresas como confirmaciones. Así resulta peculiar la formulación invocativa en segunda persona del singular del primer título: «Dios mío, ¿quién eres tú para mí?, ¿quién soy yo para ti?». Esta formulación emparenta el contenido de estas páginas al aspecto religioso de Dios, más que a su referencia filosófica. Los restantes títulos vienen a confirmar la referencia al pensamiento moderno que

se formulaba más arriba. El subtítulo de la segunda parte es suficientemente expresivo: «Giro del hombre a Dios en el comienzo del siglo XXI». Parece, por tanto, que el esfuerzo del autor se centrará en definir la realidad divina y su intervención en la misma historia de los hombres.

En el prólogo el autor aclara su intención: «Este libro quiere ser una palabra y una pregunta a la vez que un testimonio agradecido ante Dios. La invocación de fondo se hace reflexión en la superficie y la oración en la raíz aflora como razones e incitaciones en sus ramas» (p. 12). El punto de partida es declarado en su mismo inicio: «A Dios hay que invocarle antes de pensar sobre él, hablarle a él antes de hablar acerca de él. Invocar, alabar, agradecer, son las necesidades primordiales del hombre como ser abierto» (p. 9). Y aquí lo importante no es lo que se dice sino lo que se omite. No parece haber lugar para el esfuerzo apasionado por pensar la verdad hasta el final que constituía el motor de la filosofía. La formulación del *dictum* pascaliano «De Dios sólo habla bien Dios; sólo Dios conoce a Dios» (p. 12), conjugado con la apelación al argumento ontológico (p. 10) definen el contexto intelectual que enmarcan las reflexiones de estas páginas. Por esa razón, no es irrelevante el uso del arte de persuadir frente al hábito de argumentar; no resulta inocente el uso de los diferentes elementos culturales para mover la voluntad, para influir en el sentimiento, para llegar al corazón. Pero no se detecta a lo largo de estas páginas un esfuerzo especulativo decidido por pensar a fondo a Dios. Frente a lo que el título parecía prometer, la teología natural es la gran ausente de este libro.

El autor detecta con lucidez el problema fundamental del pensamiento contemporáneo sobre Dios. «Con ello hemos llegado al corazón del problema. El núcleo de toda religión es su afirmación teológica» (p. 221). «El cristianismo nunca ha separado realidad y función... No ha separado nunca a Dios en cuanto Dios en su eterna libertad incondicional y a Dios en cuanto fundamento del ser, del hombre y de la historia. El problema surge cuando se contraponen estos dos elementos... En ese momento comienza el real ateísmo de Occidente» (p. 223). «El ateísmo moderno está incubado en esas actitudes que relegan la divinidad de Dios y sólo cuentan con él, viven ante él o lo utilizan en la medida en que sirve al hombre» (p. 225). Pero separa innecesariamente, a mi entender, la metafísica de la teología, la reflexión sobre Dios como fundamento de la realidad del Dios como término de la relación religiosa. Y esa separación deja sin valor el concepto de verdad, y sin él no se puede entender la denominación, clásica en los Padres, del cristianismo como *vera philosophia*. Por eso el autor dedica muchas páginas a reiteradas explicaciones de filosofía de la religión, de fenomenología, de sociología religiosa o de psicología de la religión, pero no a la teología natural.

Es verdad que nos encontramos en uno de los pasajes esenciales de todo pensamiento, en los que las diferencias son siempre casi inapreciables. Es claro que el autor aprecia en sumo grado la verdad: «Los grandes conversos al cristianismo llegaron a él cuando pudieron decir con serenidad y gozo: “Esto es la verdad”» (p. 244). Explica también con sumo acierto que «La verdadera sabiduría humana consiste en diferenciar, no para eliminar o identificar, sino para unir» (p. 246). Y señala adecuadamente que «La teología tiene que mostrar la conexión e interacción recíprocas entre la verdad y la plausibilidad de la fe» (p. 248). Y que, finalmente, denomina su propio método como «fundacionismo» y lo describe del siguiente modo: «Parte del descubrimiento y acogimiento de la lógica propia que la verdad creída implica, y va estableciendo la conexión con la verdad exterior, yendo de una a la otra en la doble dirección» (p. 251). El problema estriba justamente en la calidad de esa verdad exterior a la que se compara, si es suficientemente profunda, si es universalmente verdadera y si es verdaderamente fundamental.

En las «Reflexiones finales» su primer apartado se titula «Los presupuestos del pensar a Dios». En él se intenta articular la transcendencia divina y la transcendentalidad humana, en sentido kantiano. Pero no está demasiado claro que la pregunta de la filosofía sea la que formula el autor: «¿Desde dónde y en dónde nace esa pregunta humana que, llevada al extremo, pone al hombre en el borde de pronunciar interrogativa, invocativa y suplicativamente la palabra “Dios”, haciendo al pensar desembocar en el orar?» (p. 304). Parece que el autor parte de una concepción que separa pensamiento y oración, como actividades que no pueden darse juntas. Esta impresión resulta reforzada por la contestación que se ofrece: «Ningún argumento obliga, ninguna demostración religa la razón necesariamente a concluir la existencia de Dios». El autor parece ceder a la tentación racionalista según la cual los argumentos deben obligar y las demostraciones sólo expresan conexiones necesarias de la naturaleza. Pero ningún clásico pensaba así. Basta leer a Platón para advertir que esa caracterización de la razón resulta completamente insuficiente.

Por supuesto, con ese concepto de razón en juego se entiende que el autor reserve los términos contrapuestos para identificar una relación personal. «Él es una palabra propia que hay que escuchar, un eco que de él devuelven otros y que hay que discernir, una zarza ardiente en la que hay que verse reflejado. *De Dios hay signos que dan que pensar, voces que dan que oír, personas que dan que amar.* Todas ellas son mediaciones para una presencia sagrada, a la que el corazón, la libertad y el amor pueden consentir o rechazar. El sí deriva del amor y de la fe. Aquí no valen argumentos; solos quedan, cara a cara, hombre y Dios» (p. 310, cursivas en el original). No se entiende el quiebro negativo del

primer término de la última frase. Parece que si en ese lugar sustituyéramos «argumento» por «pensar», la frase no sólo perdería toda su fuerza retórica, sino que sería fácil advertir su falsedad, tanto argumentativamente como en su alcance. Ni el pensamiento comparece en las premisas para ser negado en la conclusión, ni está justificada la ausencia de cualquier término que se refiera al conocimiento intelectual para describir una relación por muy personal que sea. ¿Es que acaso cara a cara ya no nos hablamos, ya no tenemos nada que decirnos, ya la razón desaparece del horizonte vital? Se trata de una comprensión insuficiente de la relación personal que depende de un entendimiento equivocado sobre la propia razón humana, propia del racionalismo moderno y aceptado acríticamente por la comprensión popular de la ciencia positiva. Por eso, considero que es necesario prescindir del elemento negativo de esa comprensión de la razón. Y, por esa misma causa, es necesario ampliar la comprensión del conocimiento de Dios que describe el autor a todo el conocimiento humano: «es fruto de una relación, no de una conquista...; se realiza en el diálogo; ...deriva, por tanto, de libertad y gracia» y que cuando se enfrenta a una realidad personal «debe ser designado como confianza y fianza; consentimiento a persona y asentimiento a sus manifestaciones».

Esta insuficiente comprensión sólo puede deberse a una limitada reflexión sobre la razón humana y sobre sus posibilidades metafísicas. En estas páginas hay muchas citas de filósofos, hay mucha «filosofía de», incluso excesiva filosofía segunda, pero no se ha llevado a cabo el esfuerzo por pensar a Dios en sí mismo. Todo ese esfuerzo intelectual ha quedado relegado por la inmediata afirmación del Dios de la Revelación. Pero la cuestión que queda en el aire es si la expresión neta del autor: «El cristianismo se comprende en continuidad con la filosofía en la medida en que ella es amor y búsqueda de la verdad, de la "religio vera", más allá del mito y de la política» (p. 333), llega a tener un verdadero contenido. Nunca los teólogos católicos han dejado para otros la ardua tarea de reflexionar filosófica y metafísicamente sobre Dios.

Enrique R. MOROS

Charles E. HILL, *The Johannine Corpus in the Early Church*, Oxford University Press, Oxford-New York 2004, xiii + 531 pp., 16 x 24, ISBN 0-19-926458-9.

Éste es un libro interesante y no sólo por el tema que trata y el vasto uso de fuentes de las que el autor hace gala, sino también por su audacia. Raramente se encuentra un estudio escrito para refutar tesis comúnmente aceptadas. En este caso, el autor se propone rebatir el consenso en el mundo científi-